



UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA

**ACTO DE GRADUACIÓN DE LA FACULTAD DE CIENCIAS DE
LA COMUNICACIÓN - PROMOCIONES 2020 Y 2021**

9 y 10 de julio de 2021

LECCIÓN MAGISTRAL

Sr. Prof. Dr. D. Miguel Ortega de la Fuente

**Vicedecano de Formación Integral de la Facultad de
Ciencias de la Comunicación**

UNIVERSIDAD FRANCISCO DE VITORIA



Ilustrísima Sra. Decana, padrinos de las diferentes titulaciones, profesores y autoridades académicas, representante de la Fundación FIDES, ilustres señoras y señores, apreciadas familias y queridos alumnos:

Es un honor, sin duda inmerecido, el que sea yo el que tenga esta oportunidad de dirigirme a todos vosotros en un día como este en el que termináis el camino de vuestra formación universitaria. Todo se ha vestido hoy de gala, para la ocasión, venimos con traje y corbata, estamos acompañados por nuestros padres y familiares y por nuestro cuerpo docente, las condiciones externas para que este día sea un éxito, parece que están presentes. Pero yo pretendo con estas palabras no quedarme en lo externo sino llegar a nuestro interior. ¿Cómo estamos por dentro?

Recuerdo con claridad el día que mi padre se dirigió a mí al inicio de mi carrera universitaria y me dijo: Miguel ya eres un hombre. ¿Pero qué es eso de ser un hombre?, o una mujer, hablo en sentido general. Es la tarea más apasionante y a la vez la más difícil que existe, de la que pende toda nuestra felicidad o infelicidad del mañana. Por eso mis palabras y mi reflexión quiere ir hoy a esa parte a la interior que supone de verdad ser ya un adulto.

Puesto que de una lección magistral se trata, aunque sea breve, me permitiréis la licencia de acudir al latín; hombre viene de homo, la misma raíz que humus, tierra, que en sentido propio significa nacido de la tierra. Eso es lo primero, que somos nacidos de la tierra y nacidos de alguien. Por eso el primer sentimiento que debe hoy surgir de vuestro corazón debe ser el del agradecimiento. Agradecimiento que debe ir hoy en primer lugar a vuestros padres que han hecho posible que hoy estéis aquí, seguramente con sacrificio y esfuerzo porque desean lo mejor para vosotros. Ellos os hicieron nacer y eso es un acto sin duda de generosidad, ellos os enseñaron lo primero que aprendisteis, velaron por vosotros y hoy siguen preocupándose por vuestra formación que es la garantía de vuestro futuro, y por eso están aquí hoy para acompañaros en este paso, abriendo sus brazos de nuevo hacia cada uno de vosotros y se enorgullecen de veros crecer.

Agradecer también a vuestros compañeros que hacen que esta labor sea cada día llevadera, que saben tender la mano, o los apuntes, en un momento de dificultad, que brindan cada día su ejemplo y su esfuerzo, de los que sin duda aprendéis cosas, que os dan también la oportunidad de ejercer el maravilloso don de la amistad del conocimiento recíproco y de ser generosos con los demás, cuantas amistades futuras se forjan en los años universitarios que luego florecen a lo largo de nuestra vida.

No olvidéis agradecer también a los profesores que día a día ponen lo mejor de sí mismos en lograr ese ideal humano de la cultura, del pensamiento, que



ponen a vuestro alcance la capacidad de reflexión, las herramientas para poder ser capaces de interpretar adecuadamente la realidad del mundo y la posibilidad de realización el día de mañana de un buen desempeño profesional. El corazón humano se ensancha con el agradecimiento, por eso me atrevo a pedirlos que lo abráis aún más y sepáis también agradecer a la Universidad, a la idea de Universidad que se vive en vuestra Alma Mater la Francisco de Vitoria, a todos los que desde los diversos lugares de esta casa tratan de llevar adelante el espíritu que mueve a que esta obra siga adelante, a que descubráis la verdad, a que sepáis vivirla con pasión en la propia vida y que a través de ella encontréis el bien, para que apoyados en él seáis capaces de vencer el mal, el mal que anida a veces en nuestro frágil corazón y el mal que se va enraizando en la sociedad. Ese es nuestro lema “vince in bono malum”. Vence el mal con el bien. Este saber agradecer con sinceridad será una muestra evidente de vuestra madurez. Los niños pequeños suelen aprender rápidamente tres palabras: no, yo, mío. Por eso el ser capaz de vencerlas desde el corazón y desde la inteligencia saliendo del propio yo, para hablar del tú, de manera positiva y hablando y reconociendo lo tuyo supone un acto que demuestra madurez.

La segunda idea que me gustaría hoy comentar con vosotros en ese camino hacia la madurez es el tema de la exigencia. Siempre se piensa en los jóvenes como la esperanza de un futuro mejor y siempre nos asalta la pregunta: ¿serán de verdad los jóvenes capaces de aceptar este reto? Si he de ser sincero yo no tengo ninguna duda, sé que lo serán, que lo seréis, es más sé que algunos ya lo son.

Pero ¿qué es lo que hace posible aceptar este reto? En primer lugar, el tener objetivos, fines claros, el tener un “para que”. Nuestro fin ya lo tenemos muy claro el ser capaces de vivir con sinceridad y con amor la propia vocación. La universidad, nos lo habéis oído muchas veces, supone una vocación específica, la de buscar apasionadamente la verdad; la verdad de la ciencia que hemos elegido, la verdad de la realidad del mundo que nos ha tocado vivir. Supone además enfrascarnos en la ardua tarea de una formación integral, es decir, no sólo de las cosas específicas de nuestros estudios, sino con una mirada a lo universal, al saber tener estructuras y fundamentos que no se queden sólo en el ámbito de la memoria y de la inteligencia, sino que lleguen al corazón y muevan nuestra voluntad. Nuestra vivencia universitaria no debe ser sólo de conocimientos eruditos o de falso intelectualismo sino que debe poder ser aplicable a la propia vida, y para eso la vocación universitaria nos llama a hacer una síntesis personal de los saberes; espero y deseo que vuestros estudios no hayan sido una especie de camisa de fuerza en la que os hayáis ido atando con lo que en las clases se os ha dicho o explicado, sino que



llevados de una inquietud propia de la verdadera madurez, hayáis roto las ataduras y seáis capaces de pensar por vosotros mismos con una base cultural e intelectual que partiendo de las clases, se haya completado en la soledad de la mesa de estudio, de las tutorías, de las lecturas, de las conversaciones... Además, como ya todos sabéis la vocación universitaria no tiene sentido si es únicamente para nosotros, sino que debe tener una trascendencia social. Si nuestros estudios no son capaces de abrirnos a una sociedad que nos ve como esperanza y permanecen sólo en nuestra pobre cabeza, las ilusiones que se tienen puestas en vosotros se desvanecerán como un castillo de naipes.

Pero la vocación que tenéis no es sólo universitaria, sino también específica de la carrera que cada uno ha elegido. Se espera que hayáis conseguido penetrar y descubrir lo que significa vuestra vocación concreta de... y que cada uno ponga lo suyo. Sólo cuando somos capaces de encontrar la belleza de lo que hemos elegido y la empezamos a disfrutar, el estudio se convierte en pasión y deja de ser una carga. Ahí tenéis a vuestros padres, preguntadles cual es el secreto para levantarse todos los días con renovada ilusión para enfrentarse a un nuevo día lleno de trabajo, de reuniones, de decisiones, de rutinas... Si uno no ha encontrado el gusto y el ensueño por lo que hace, la vida se convierte en un aburrimiento y en una infelicidad continuas.

Pero aún hay más, la vocación que tenemos no sólo es la de la carrera propia y la de ser universitarios sino además la más apasionante: la de ser personas y esa es quizás la más difícil, la que supone de verdad llegar a ser plenamente maduros. Es la de conseguir la felicidad que supone el equilibrio de varias facetas, la profesional, la afectiva, la espiritual. Queridos amigos, ¡qué difícil es el arte de la coherencia de vivir como pensamos, de llegar a conseguir ser aquello que verdaderamente deseamos, de salir de nosotros mismos para entregarnos a los demás...! Decía Tolstoi que el secreto de la felicidad no es hacer siempre lo que se quiere sino querer siempre lo que se hace. A eso tengo que animaros también hoy, a ser personas de una sola pieza, a cumplir lo más sagrado que tenemos que es nuestra vocación plenamente humana, a derramar vuestra felicidad en los que os rodean, a tratar de ser fieles a vosotros mismos en medio de un mundo que parece llamarnos a la comodidad, al egoísmo, al materialismo desmedido, al uso de los demás para nuestro disfrute; yo os invito a rebelaros contra eso, a devolvernos a los adultos la esperanza de que se puede creer y luchar por nobles ideales y a que nos demostréis con vuestra vida que estáis dispuestos a no rendiros a los viejos enemigos del hombre y que habéis entendido que el dolor, el sacrificio, el esfuerzo, merecen la pena por el ideal de conseguir nuestra plenitud.



De esto precisamente quiero hablar como tercera reflexión. De la necesidad del arma vital para conseguir todo esto, que no es otra que la voluntad. Esto que hoy se olvida tan a menudo y que parece ser una cosa pasada pero que no es sino garantía de triunfo. Por tanto, trabajad vuestra voluntad. No seáis fáciles a engañaros a vosotros mismos con la idea de que las cosas ya se harán en otro momento, sed responsables de lo que tenéis entre manos. ¿Se puede hablar de ser auténticos hombres y mujeres sin sentido de la responsabilidad? Que absurdo es pensar que algún día llegaremos a ser personas plenas si hoy no somos buenos estudiantes, no os dejéis engañar. El que ahora no es una persona constante no lo será de forma espontánea de repente. Recordad que el éxito es algo voluntario, no es, en la mayoría de los casos una casualidad sino fruto del trabajo, ejemplos nos sobran desde un Demóstenes que luchando contra su tartamudez llegó a ser el principal de los oradores griegos, hasta un Ramón y Cajal que a punto de ser empleado en una peluquería y dejar sus estudios, se tomó las cosas en serio y llegó a premio Nóbel. Recordad que el esfuerzo, el sacrificio, la soledad de la mesa de estudio, el trabajo diario, el orden, siempre son garantías de triunfo. La cuestión no es ver las capacidades que tenemos, que pueden ser muchas y variadas sino el uso que hacemos de ellas. No las matéis en este primer instante de vuestra vida, no corrompáis las buenas llamadas que surgen en vuestro espíritu para hacer cosas grandes, no os convirtáis en viejos prematuros cansados perpetuamente que llevan su vida a costas porque no saben ni para que viven. Os pido que recordéis la fábula de la liebre y la tortuga cuando acordaron hacer una carrera. La liebre se reía y se congratulaba porque era absurdo que perdiera, así que corrió un rato y luego se echó a descansar placidamente, la tortuga comenzó a andar despacio, sin agobiarse porque era más lenta, sin dejar de andar porque estuviera ya todo perdido de antemano, sin dejar de intentarlo, aunque la victoria pareciera imposible; se trataba simplemente de ser constante. Ya sabéis quien ganó. Aprovechad todo lo que han puesto en vuestras manos, vuestros padres, un entorno familiar, una posibilidad de estudiar, la oportunidad de tener todo tipo de medios a vuestro alcance, no dejéis marchitar vuestra juventud en la primavera misma de la vida tratando de llenarla con paladas de diversión y de dispersión. En la vida lo que más merece la pena es lo que más cuesta, y la renovación de esta sociedad que no es tarea fácil es lo que está en vuestras manos, intentadlo de corazón, os aseguro que compensa.

Pero permitidme una última licencia académica y volvamos al ser hombres, pero en este caso desde el griego: anthropos así decían hombre. Y esto no significa nacido de la tierra como en Roma sino el que mira hacia lo alto. El que es capaz de despegar del barro del que estamos hechos. Por eso en el fondo hay tan pocos adultos maduros de verdad. Porque ser plenamente



maduro significa también hacerse la gran pregunta, esa que a veces tanto miedo da: la pregunta por el sentido. Abrid también vuestro corazón a la pregunta por la trascendencia, por ese Dios que todo lo puede y que, aunque no lo hayáis aún descubierto y experimentado camina día a día a vuestro lado. Ojalá lo encontréis y gocéis de su amistad para que os pase lo que dice C.S. Lewis: (sí el autor de las crónicas de Narnia) “El que verdaderamente encuentra a Dios ordena para siempre toda su vida y goza de la felicidad”.

Esta es vuestra casa, siempre dispuestos a escucharos y encontrarnos de nuevo y desde luego a sentirnos orgullosos por todos aquellos de vosotros que lleven esa madurez y esperanza a nuestro mundo.

Muchas felicidades y muchas gracias.